

# datos para una agenda turística

## NAVALVILLAR DE IBOR, BUEN QUESO Y BUEN VINO



de conquistar por su estrechez.

Navalvillar de Ibor, a veinticinco kilómetros del primer Templo de la Hispanidad, donde abre los brazos a todos la Virgen de Guadalupe.

**INACABABLES MANTELES... LAGARTERANOS**

Navalvillar de Ibor es un pueblecito encaramado en plena estribación de los montes de Toledo, con su «Teide» gigante que ellos llaman «El Camorro». Un pueblo agradablemente destartado, al que dan vida setecientos cincuenta vecinos y al que echan de menos en Madrid y Barcelona

la comarca. Ya han quedado superadas mil curvas, de una carretera con muy buen firme, pero un tanto peligrosa



El viajero llega a Navalvillar desde cualquier punto. Navalvillar de la Mata, la capital del campo del Arañuelo, donde mandan los neucodólares. A partir de allí, si quiere, abandona las prisas, los ruidos, la locura del progreso y, casi sin darse cuenta, comienza a entrar en el paraíso de la paz, de la tranquilidad, del silencio sólo roto por el ruido del corcel mecánico que le transporta. Desde allí, si quiere, se adentra en la comarca de Ibor.

Sesenta eternos kilómetros, flanqueadas por amapolas, tomillas, jaras, romero, hasta llegar a Navalvillar de Ibor. Ya ha quedado atrás Castañar pequeña capital de





ochocientos emigrantes. Y, cómo no, al que también soportar estoicamente cincuenta vecinos en paro.

En esta villa las mujeres trabajan de sol a sol, desgranando su ingenio que luego sus dedos depositan en lindos manteles, primorosos manteles en los que a las flores sólo les falta oler.

Pero Lagartera se apunta el tanto. Trescientos manteles de otras tantas manos femeninas salen todos los meses para la famosa y lírica población toledana.

—Mire usted, señor, nos valoran en tres mil setecientas pesetas el mantel para doce personas bordado en algodón y en mil setecientas el de hilo, y tardamos un mes justo en hacerlo.

Pero no para ahí la cosa, porque normalmente cobran en especie; es decir, los lagarteranos se los compran con la condición de que el importe de esas pesetas sean consumidas en sus establecimientos. Casi un fraude.

Gregorio Baltasar, oficial mayor, secretario en funciones y comodín del Ayuntamiento del pueblo, oficina de cicerone.

#### ¿QUE SE OFRECE AL TURISTA?

Unas alquerías llamadas «navas» (de ahí le viene el nombre de Navalvillar, porque el apellido se lo pone ese río Ibor que corre como potro salvaje por lo más profundo de la zona, sin un envidiable orden ni concierto. En su seno sabrosísimas truchas que el turista puede pescar).

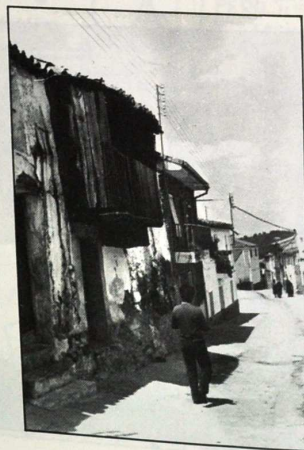
Al otro lado del río, el «coto Castañarejo», del marqués de



la Romana. Mil quinientos años ha cumplido el pueblo.

Lo que el turista no encuentra es una pensión donde dormir. Sólo una casa particular, «hasta que se llena», da cobijo al viajero.

Para comer, «la casa de la Eufemia», o «la de la Andrea». Cerdo, truchas y exquisitas verduras de la región simplifican el menú. Muchos se marchan a comer a la Puebla de Guadalupe, distante veinticinco kilómetros.



Lo que sí encuentran los visitantes es una gente buena, sencilla y llana, hecha de cuatro vientos, que en seguida te ponen en la mano un buen vino de pitarra acompañado de un sabroso queso de cabra, de esas cabras que abundan en las cercanías.

También puede degustar el viandante las extremeñísimas migas con leche, que en Navalvillar cobran un sabor especial.

—Nos han estropeado la fiesta del «lunes de eras», en el que se comía en el campo, en la era, el típico «bollo de Pascua». Ahora lo han cambiado al sábado y lo han estropeado, dice, nostálgico, Gregorio.

Ocho bares y un centro juvenil, son los lugares de esparcimiento en Navalvillar de Ibor. En ellos corre un buen vino, del que o deja resaca.

#### EL MEDICO, A LA ANTIGUA USANZA

Otro atractivo indudable (atractivo por eso de que

siempre se aprecia con encanto especial aquello que, inexorablemente, se va perdiendo) es el clásico médico de cabecera, como se concebía antes, y al que el pueblo tiene en gran estima.

Dicen que hay gallegos hasta en la Luna. Pues Andrés Gümil Geri no se anduvo con chiquitas e, inteligente él por la elección, se cogió debajo del brazo su vademécum y su talonario de recetas y se plantó en Navalvillar, allá por los años sesenta. Y ha dicho que del pueblo no se mueve.

Ahora, por su cuenta y riesgo, ha creado una especie de consultorio que más que nada es un botiquín de urgencia.



La buena gente del pueblo se siente segura en sus manos. Y todo el mundo duerme tranquilo.

#### SUS RIQUEZAS NATURALES

Su «Sierra Jalonera», su garganta «Solóbrega», a la que protege del sol un tupido

cúmulo de árboles —de ahí su nombre— transcurre con aguas transparentes hasta su hermano mayor, el río Ibor, quien salvajemente las llevará hasta el Tajo, con pasaporte para Portugal. Después, ya no quiere saber nada.

Todos los alrededores están poblados por alcornoques, cuyo corcho acaba, normalmente, en Talavera de la Reina.

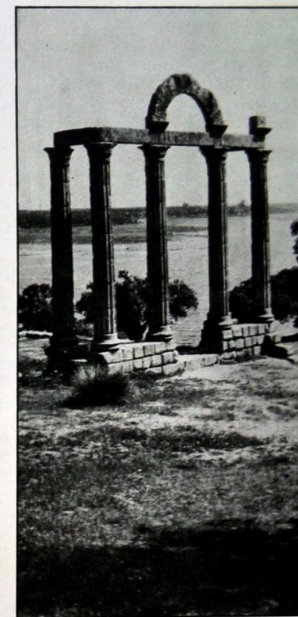
El avellano, el roble, el fresno, el castaño, componen, principalmente, su maravilloso bagaje natural que ha venido de la mano de una muy acertada repoblación forestal.

Tres mil cabezas de ganado cabrío, cuya exquisita leche acaba en su mayor parte en inolvidable queso para el paladar. Cincuenta yeguas de cría, con una estampa llena de la más sugestiva belleza, y trescientos cerdos que conforman otras tantas apetitosas matanzas anuales, suponen para Navalvillar de Ibor una indudable riqueza.

El mercado multicolor, que el viernes y martes de cada semana se asienta en la Plaza Mayor, sirve a las amas de casa para adquirir lo que el pueblo no tiene. A cambio, venden castañas y aceitunas.

Y Gregorio Baltasar, cicerone del pueblo, seguro que no deja marchar al turista sin que tome una copa del vino de pitarra que allí es corriente y que en las ciudades atosigadas por el progreso, se guarda para las grandes solemnidades.

El primoroso mantel bordado por la benjamina de las artesanas, María Isabel Miranda Pulido, de nueve años de edad, la empollona de turno, claro está, se bate al viento rompiéndose en mil colores.



El turista se despidе también de San Roque y Santa Escolástica, patronos del pueblo, que se encuentran encerrados en la iglesia con aire de caserón, con aire de caserón blanco y a la que anuncia todas las mañanas un esquilón que cuenta ya con casi setecientos años.

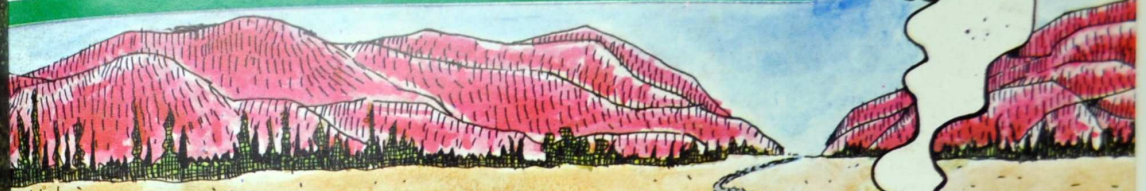
Las mujeres siguen «fabricando» flores sobre el blanquísimo hilo y algodón. El turista pone en marcha su corcel mecánico, aún no acostumbrado a las curvas y estrecheces y, tras veinticinco kilómetros, se planta en Guadalupe. Allí le espera la Patrona de la Hispanidad.

Atrás queda Navalvillar de Ibor que sigue trabajando para Lagartera. Paradojas de la vida.

Pepe NERIA  
(Fotos: Ignacio S. PALMA)



# ALCANTARA



**CACERES,  
VIAS... & DE COMUNICACION?  
& Y EL TRANSPORTE?**

**CAMINOMORISCO,  
muchos pinares y ninguna  
industria transformadora.**



## Navalvillar de Ibor

